

Alégase los milagros para probar la misión divina del que los cumple; y mirando á ellos atentamente, concibe el Fragmentista toda clase de dudas. Jesús hace milagros y prohíbe publicarlos; quiere, pues, que el mundo los ignore, y, sin embargo, esos prodigios deben demostrar su divinidad; y si el mundo no los cree, el mundo será condenado. ¿No es permitido abrigar sospechas respecto de tales milagros? El mismo que desempeña el papel de taumaturgo temía que fueran examinados de cerca; y lo que aumenta la sospecha es que no hacía sus milagros sino en presencia de la multitud ignorante, siempre dispuesta á creer lo imposible, guardándose de hacerlo cuando estaba en presencia de hombres instruidos, como lo eran los fariseos y los escribas. Los mismos evangelistas confiesan que no llegó á hacer milagros en Nazareth, su pueblo natal, á causa de la incredulidad de sus compatriotas. Hé ahí una cosa extraña, dice Reimarus; yo creía que se hacían milagros para que se creyera en Jesucristo, y parece que se han hecho porque se creía en él: díganme entonces: ¿de qué sirven? Las sospechas del *Fragmentista* van cada vez en aumento: si Jesús no hizo milagros en medio de los suyos, era que sin duda se conocía á sus compadres; y hé ahí por qué no creyeron en él sus propios hermanos. ¿Qué cosas maravillosas son las que despues de todo se le atribuyen? Curas: curaba á los ciegos y á los cojos, á los sordos y á los mudos, á los locos y á los poseídos, gentes todas sospechosas y cuyas enfermedades podían bien ser simuladas; ¿qué digo? ¿No es la posesión un mal imaginario? ¿Quién, pues, cree ya que Jesús sacara siete demonios, ni más ni menos, del cuerpo de María Magdalena, y otra vez toda una legión que pasó á una manada de puercos, los cuales puercos endiablados se arrojaron al agua? Si los exorcismos son necedades, ¿podemos prestar ya fe á todo lo demás? Dícese que los contemporáneos, testigos oculares, lo creían: ¡gran milagro era esa fe! La posesión era la enfermedad de moda entre los Judíos; todo el mundo se metía á exorcizar, lo cual prueba que la ignorancia y la credulidad eran generales. ¿Convertiríase acaso la posesión en un mal real porque las masas supersticiosas creen en los diablos que entran en el cuerpo de los hombres y de los animales? (1).

(1) STRAUSS, *Reimarus*, p. 239, 242, 192.

Así impelí la ortodoxia á la incredulidad, y yerran los que de ello culpan al libre pensamiento. Strauss es un libre pensador más decidido que Reimarus; y, sin embargo, el autor de la *Vida de Jesús* defiende la memoria del Cristo contra las sospechas injuriosas del *Fragmentista*. Éste era un hombre del siglo XVIII; vivía en medio de la ortodoxia, y sufría con horror el yugo que la superstición imponía al libre pensamiento: tal era la servidumbre bajo la cual gemía, que no osó publicar sus ataques contra el cristianismo, y apenas tuvieron de ellos conocimiento dos ó tres personas; el esclavo se desahogó en la soledad de su gabinete. Á la manera que en Francia, bajo el régimen de la censura, traspasaban los escritos irreligiosos todos los límites de la impiedad, así el despotismo de la ortodoxia protestante arrastró á Reimarus á los excesos de su crítica suspicaz. En el siglo XIX se han roto las cadenas de la razón; la incredulidad se ha convertido en un derecho. ¿Qué resulta de aquí? Que los libres pensadores son hoy infinitamente más respetuosos hácia la religión y hácia los reveladores que lo eran en el siglo pasado. Citaremos un curioso testimonio.

Al comienzo de su carrera pública encuentra Jesucristo á Juan Bautista, el asceta del desierto, de quien ha hecho la ortodoxia el precursor del Hijo de Dios; la entrevista de los dos profetas juega un papel importante en la vida de Jesús; Juan Bautista saludó al Cristo y lo glorificó; no lo conocía, dice San Juan, el evangelista; mas una voz del cielo le reveló que estaba en presencia del Salvador. ¡Cómo! exclama el *Fragmentista*, ¿no conocía Juan á su pariente cercano Jesús? ¿No se lee en San Mateo que el ángel Gabriel anunció á María la preñez de su parienta Isabel? ¿No se dice que María fué á visitar á Isabel? ¡Y dos primos, nacidos ambos en circunstancias milagrosas, habrían pasado treinta años sin relación alguna, hasta el punto de no haberse visto jamás! ¡Los Judíos iban en familia todos los años á las grandes fiestas, y no se habrían encontrado nunca dos parientes cercanos de la misma edad! ¡Cómo! ¡No conocía Juan Bautista á Jesús, y apenas lo ve exclama: "Tú eres quien debes bautizarme, y tú vienes á mi para ser bautizado!" Lo conocía pues; y si lo conocía, ¿qué necesidad había de una nueva revelación y por qué aparentó no conocerlo? La escena, responde el *Fragmentista*, estaba preparada por los dos primos,

que hicieron la comedia cada cual en provecho de su ambición. ¿Qué pensar de un revelador que desde sus primeros pasos emplea tales manejos para imponerse al pueblo? Horrible sospecha que hace de Jesucristo un impostor y que inspira á Reimarus en todos los ataques que dirige contra el cristianismo tradicional.

Oigamos ahora la apología de Strauss. Preguntada á Reimarus por dónde sabe que Juan Bautista aparentó no conocer al Cristo. El cuarto Evangelio lo dice; pero ¿qué tiene de común este cuarto Evangelio con el primero? Obra de un platónico del siglo II, tiene su doctrina particular acerca de la persona y de la misión de Jesús; el Evangelio de San Mateo, escrito en el siglo I, no puede ser interpretado por el de San Juan; hablan uno y otro de la entrevista de Juan Bautista y de Jesucristo, pero cada cual la aprecia á su manera; San Mateo no dice que Juan no conociera á Jesús; ¿por qué, pues, hacérselo decir porque esté escrito en San Juan? (1). Digamos, para excusar al *Fragmentista*, que no fué él quien imaginó esta confusión, que es obra de la ortodoxia. Ésta enseña que el Espíritu Santo ha dictado los Evangelios; todos tienen, pues, el mismo autor, y un autor que no puede engañarse, porque es Dios. Así, Dios es quien dice que Juan Bautista no conocía á Jesús y Dios es también quien dice que lo conocía. ¡Dios es, pues, quien desacredita á su enviado, á su Hijo! Hé ahí á lo que conduce la ortodoxia, á hacer pasar á Jesucristo por un impostor.

La horrible idea que hace de Moisés, Jesucristo y Mahoma tres impostores nació en la Edad Media; en el siglo XVIII apareció un libro que llevaba ese título (2); y esa era la opinión, no sólo del oscuro escritor que lanzó ese insulto á las grandes figuras que la humanidad venera, sino de todos los libres pensadores: todos, con más ó menos franqueza, decían que las religiones habían sido fundadas por la ambición con la ayuda del fraude. Esto era degradar juntamente á la humanidad y á los reveladores, porque si ha habido algunos bribones que inventen supersticiones, ha debido haber muchos más para extenderlas y explotarlas; y si desde que el mundo existe se dejan engañar los

(1) STRAUSS, *Reimarus*, p. 189-191.

(2) Véase los *Estudios sobre el Pontificado y el Imperio*, y sobre la *Filosofía del siglo XVIII*.

hombres por algunos bribones, hay que reconocer que merecen su destino. ¿Quién inventó esta acusación horrible y por qué encontró acogida en el siglo pasado? La idea de los tres impostores surgió en la época en que el catolicismo imperaba como dueño absoluto de las almas, y se la atribuye á un emperador incrédulo, á Federico II, que luchó toda su vida contra la tiranía de la Iglesia: era el grito de un libre pensador que se sentía apisionado, grito de rebelión que no fué ahogado por los cantos de triunfo de la Iglesia, ni en la sangre de los Hohenstaufen que corrió sobre el cadalso; cuanto más poderosa se hizo la Iglesia, más se envenenó el odio que suscitaba; todos los libres pensadores acabaron por ser de la opinión de Federico II. Ahora bien, ¿quién es el verdadero culpable, el tirano que oprime ó el esclavo que se subleva? Hay más: los ortodoxos se han complacido siempre en prodigar el insulto y el ultraje contra Mahoma: ¿con qué derecho le tratan de impostor? Á sus ojos no hay más que una sola religión verdadera; todas las demás debían ser, pues, obra del fraude. No negamos el fraude, dijeron los filósofos del siglo pasado; pero lo descubrimos en todas partes, entre los Judíos y los cristianos como entre los Musulmanes; por consiguiente, toda religión es una impostura y todo revelador es un impostor.

Á la ortodoxia y á sus excesos se debe, pues, la incredulidad del siglo XVIII. Si la religión es hoy respetada, si hoy se glorifica el cristianismo, si se exalta á Jesucristo como la más grande figura de la historia, ¿á quién se debe? No es ciertamente á los ortodoxos ni á los reaccionarios protestantes, sino á los libres pensadores; si, los mismos que en el siglo pasado perseguían el cristianismo y á Jesucristo con sus ultrajes han inaugurado una nueva era, era de libertad y de justicia. Desde que no se está ya obligado á creer que todas las observancias legales del mosaísmo fueron dictadas por Dios, se ha recobrado afición á la Sagrada Escritura como á uno de los grandes monumentos del espíritu humano; y se admira á Moisés, que supo eternizar sus instituciones; Jesucristo no es ya un impostor, es un órgano del espíritu divino que anima á la humanidad, el más grande de todos los reveladores; y tampoco se vitupera ya la revelación como una obra de mentira y de fraude desde que no se está obligado á creer que Jesucristo nació de una virgen y que su Madre fué

concebida inmaculada. Creemos en una revelacion permanente de Dios en la humanidad, y veneramos á los que Dios elige por sus órganos. Tal es el inmenso beneficio que debemos al libre pensamiento en el dominio de la religion, cuyo honor restablece en la realidad, con ser en la apariencia su encarnizado enemigo. Si la religion pudiera perecer, perecería á manos de la ortodoxia.

§ III.—Semler, el pietista liberal.

I.

¡Desgraciados de los primeros que se apartan del sendero trazado por la tradicion para lanzarse por los caminos de lo porvenir! El siglo XVIII no era ya cristiano: hablamos de los pensadores, y el pensamiento es quien gobierna al mundo; pero se necesitan siglos para difundir la luz de la razon. Las Iglesias protestantes eran todavía enteramente ortodoxas, así como las facultades de teología que preparaban para su ministerio á los futuros pastores; los teólogos apenas se inquietaban por los ataques de la filosofía; se pensaba que los filósofos, engendro de Satanas, irían á juntarse con su padre y expiarían su temeridad en tormentos sin fin. Con esto se consolaban los ortodoxos; pero no conoció límites su furor cuando penetró en su propio campo el libre pensamiento. Nada es tan contagioso como el pensamiento, y contra este contagio no hay cordón sanitario que valga. ¿Quién hubiera creído que un teólogo educado por pietistas, y que se mantuvo toda su vida como un piadoso cristiano, había de inaugurar el reinado del liberalismo protestante? El nombre mismo data de Semler, que publicó en latin una guía ó un método para enseñar la doctrina cristiana con un espíritu liberal (1). Los ortodoxos clamaron contra la palabra *libertad*, y la cosa no era más de su agrado; trataron á Semler de sociniano, de materialista y de indiferentista: oyéndolos, se creería oír al papa. El cándido Semler creyó que se le había comprendido mal, y escribió un grueso volumen de 700 páginas para explicar y desarrollar su pensamiento (2); no sospechaba que la mera palabra *libertad*,

(1) «Institutio ad doctrinam christianam liberaliter discendam.»

(2) Versuch einer freieren theologischen Lehrart, zur Bestätigung und Erläuterung seines lateinischen Buchs (Halle, 1777).

puesta en el título de una obra teológica, era una declaracion de guerra á la teología tradicional.

Injurias, calumnias y denuncias llovieron sobre el piadoso teólogo. Asistamos por un instante á esta tempestad. Un crítico ortodoxo declaró que no podía contarse á Semler entre los herejes, por la razon de que había dejado de ser cristiano (1). Hé ahí la ortodoxia en toda la simpleza de sus absurdas pretensiones: el que no cree todo lo que se halla en su catecismo es un pagano y un publicano; por consecuencia, Semler estaba convicto de destruir el cristianismo. Uno de esos celosos ortodoxos, profesor en la universidad, dirigió al *cuerpo evangélico* una peticion de 168 páginas para denunciar á los teólogos libres pensadores: «Dentro de diez años, exclamaba, ó de veinte á lo más, no habrá protestantismo, si se deja obrar á esos *naturalistas*.» Compara á Semler con un incendiario, porque predica la tolerancia: «Es peor, dice, porque los incendiarios cometen sus crímenes á la sombra, mientras que Semler ostenta sus crímenes como virtudes.» (2). No se conmovió por estas furibundas acusaciones el *cuerpo evangélico*; mas entónces los mismos celosos emprendieron la persecucion: prohibieron á los candidatos que siguieran las lecciones de Semler; organizaron un sistema de inquisicion para descubrir á los que comulgaban en sus errores, y los excluyeron del santo ministerio (3); y no hay que decir cómo se desataron la injuria y la calumnia contra nuestro pietista liberal, tratándose de los ungidos del Señor; que nada hay más odioso que las imputaciones de los ortodoxos. Acusábase á Semler de calificar de supersticion la historia de Jesucristo, de profesar que la Biblia era un conjunto de necedades, y que nadie creía ya en ellas, á excepcion de los tontos (4).

Semler se defendió en una apologia dedicada á sus discípulos, donde se quejaba amargamente de las mentiras propaladas por los ortodoxos. ¡Acusarlo de ser enemigo declarado del cristianismo, cuando se trataba precisamente de atraer á la religion del Cristo á los que diariamente alejaba de

(1) SEMLER, *Erklärung über einige neue theologische Aufgaben, Censuren und Klagen*, p. 308 y siguientes.

(2) SEMLER, *Erklärung über einige neue theologische Aufgaben, Censuren und Klagen*, p. 1-9.

(3) SEMLER, *Erklärung über einige neue theologische Aufgaben, Censuren und Klagen*, p. 144 y siguientes.

(4) SEMLER, *Erklärung über einige neue theologische Aufgaben, Censuren und Klagen*, p. 200 y sig., 24 y siguientes.

ella una estrecha ortodoxia! Y, sin embargo, tal es el poder del odio teológico, que hoy todavía persiguen su memoria los ortodoxos, y llegan hasta á sospechar de su moralidad (1). Semler era un alma profundamente religiosa y aún dada al misticismo, como él mismo lo confiesa en su *Autobiografía*. Había en el siglo XVIII, en Alemania como en Francia, una secta de *naturalistas*, es decir, de enemigos declarados del cristianismo, que se movían de la santidad de Semler y de su estrecha religion. Nuestro teólogo responde que esas burlas no le afectan: «Prefiere, dice, las lágrimas que le hace derramar su fe á la gloria de ser libre pensador; no pretende pasar por uno de esos grandes genios que consideran el cristianismo como una religion ya superada, como una preocupacion ó un tejido de supersticiones.» (2). Semler, á quien se acusaba de arruinar el cristianismo, tomó la defensa del cristianismo contra sus adversarios; escribió una refutacion de los *fragmentos de un anónimo* (3), bajo cuyo título es sabido que publicó Lessing algunos extractos de la obra de Reimarus. Mas, á decir verdad, Semler era enemigo del cristianismo teológico, que imperaba todavía en las universidades; se le reprochaba predicar un nuevo Evangelio (4), y comparada con la ortodoxia protestante, su doctrina era, en efecto, un cristianismo nuevo: tanto se habían alejado los ortodoxos de la religion de Jesucristo. Esta religion era la de Semler.

La autoridad atribuida á los libros sagrados era el arca santa del protestantismo oficial, y para ponerla al abrigo de toda discusion imaginaron los teólogos el dogma de la inspiracion literal: todo es divino en la Escritura, hasta los puntos y las comas. Como de costumbre, la ortodoxia exagerada se volvió contra la fe. ¿Cómo creer que la Biblia entera había sido dictada por el Espíritu Santo, palabra por palabra, letra por letra? Semler preguntó á aquellos fanáticos quién les había enseñado que la Escritura fuera la obra del Espíritu Santo. Los libros que componen el Antiguo Testamento no eran considerados como inspirados por los

(1) SAINTES, *Histoire du rationalisme en Allemagne*, segunda edicion, p. 157 y siguientes.

(2) SEMLER, *Leben, von ihm selbst abgefasst*, t. II, Prefacio.

(3) SEMLER, *Beantwortung der Fragmente eines Ungenannten* (1780).

(4) SEMLER, *Erklärung über einige theologische Aufgaben*, página 248.

Judíos; la inspiracion es una doctrina cristiana; pero ¿fundada en qué? El Nuevo Testamento se compone de palabras del Cristo, de una historia de su vida y de algunos escritos de circunstancias: ahora bien, no hay ni una palabra en los Evangelios ni en las Epístolas de la que se pueda inducir que sus autores se creyeran inspirados. «Examinad, dice á los fieles San Pablo, y elegid lo que haya mejor;», apela á su razon y á su conciencia, sin pensar en darse como secretario del Espíritu Santo. Si Semler rechaza la inspiracion literal, no quiere esto decir que niegue la inspiracion de los profetas y de los evangelistas; pero no cree en la inspiracion de una máxima porque esté consignada en la Escritura; cree en ella porque responde á una necesidad de su alma. Hay en los libros sagrados muchas cosas que repugnan á la razon y á la conciencia de Semler: no cree ni en las posesiones ni en el exorcismo; y aunque los Evangelios están llenos de historias de poseidos, no le parecen por esto más creíbles. ¿Va á convertirse una supersticion judaica en una verdad revelada porque se halle en el Evangelio? Pues que esas preocupaciones existían entre los Judíos, hay que creer que respondían á una necesidad de su alma, y aún puede haber hombres á quienes esos prodigios edifiquen. Eso será cuestion suya; pero que no impongan su manera de ver á todos los cristianos, que dejen á cada cual la libertad de elegir en la Escritura los libros que satisfagan á sus sentimientos religiosos (1).

Hay un abismo entre el cristianismo de Semler y el de los protestantes. Éstos, despues de haber rechazado la autoridad de la Iglesia, se dieron á construir otra autoridad tan tiránica y más estrecha todavía, porque una autoridad viva puede en rigor acomodarse á las exigencias del espíritu humano y seguir, aunque de léjos, sus progresos, mientras que un libro escrito hace algunos millares de años se convierte en una cadena intolerable, si se pretende que por siempre sufran semejante yugo las conciencias. Los ortodoxos olvidaban que los reformadores habían dejado á cada fiel el cuidado de interpretar la palabra de Dios, lo cual era apelar á la conciencia individual y constituirlo en juez de lo que se halla escrito en los li-

(1) SEMLER, *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, páginas 143, 241, 243, 247, 249.